

de la paz y tranquilidad como tú, Dwining, y este es el papel que tienes que hacer.—Vamos, vamos, señores, á ponerse las botas y á disponerse, á preparar los caballos. — ¡A caballo! digo, y nos juntaremos en la puerta del Oriente, es decir, vecinos, si vms. quieren confiarnos este negocio.

— ¡Vm. no puede hablar mejor! Todos venimos en ello, dijeron á una voz los paisanos. Si el preboste toma parte como la buena ciudad debe prometerse, podemos decir hemos echado el cascabel al gato; entonces no tendremos miedo del noble mas orgulloso.

— Bien, vecinos, hágase lo acordado, dijo el bailio. Yo habia convocado el consejo general de la ciudad, y como veo reunidos aquí una gran porcion de miembros que votaron por el recurso al preboste, no dudo serán los demás de la misma opinion. A caballo pues, vecinos y valientes ciudadanos de la hermosa ciudad de Perth, á caballo, vuelvo á decir; yo estaré muy pronto en la puerta del Oriente.

Una general aclamacion puso fin á la reunion de esta especie de consejo privado, y los ciu-

dadanos se dispersaron en diferentes direcciones, los unos á disponerse para la partida, y los otros para dar cuenta á sus mugeres é hijas, deseosas de saber las medidas que se habian adoptado, para que sus dormitorios estuviesen libres de las empresas de los galanes á horas excusadas.

No será fuera del caso que, mientras los señores comisionados piensan los caballos, aparezan, comen y se visten, demos á nuestros lectores algunas noticias de ciertas cosas que no se han hecho mas que insinuar en la precedente discusion.

En este tiempo, cuando el poder de los señores feudales ó la aristocracia feudal despreciaba los derechos de las ciudades reales de Escocia, y violaba muchas veces sus privilegios, estaba en uso, siempre que se podia, escogiesen ellas los prebostes, es decir su primer magistrado, no entre los negociantes, mercaderes y ciudadanos que vivian en la ciudad, porque estos ocupaban los puestos de la magistratura inferior, sino de entre los nobles y barones que vivian en las cercanias. Debia ser el nombrado

para este cargo eminente, el protector que tenía la ciudad en la corte en todo lo respectivo á sus intereses, el comandante de la milicia ya en la guerra, ya en una pendencia particular de la ciudad, á la que debía socorrer con sus propios vasallos. Esta proteccion no era siempre gratuita. Los prebostes se aprovechaban de cuanto podia proporcionarles la dignidad; llegando no pocas veces al abuso, logrando se les hicieran concesiones de tierras, casas y demás que pertenecian como propiedad al comun, haciéndose pagar bien caro por este medio los servicios que prestaban. Otros se contentaban con recibir asistencia de los habitantes de la ciudad en sus propias disputas feudales, y con cualquiera otra manifestacion de respeto ú gratitud, que las ciudades por ellos presididas tenían á bien darles, con lo que pudiesen estar seguras se les concederia su auxilio en todo evento. El baron protector de alguna ciudad admitia sin reparo estas ofertas voluntarias, y pagaba á las ciudades por estos servicios, defendiendo por su elocuencia en el consejo los derechos de su

ciudad, y en el campo de batalla por hazañas importantes.

Los habitantes de la ciudad, ó como ellos la llamaban, la bella ciudad de Perth, tenían desde muchas generaciones un protector, un preboste semejante en la noble familia de los Charteris, señores de Kinfauns en la vecindad ó cercanias de la misma ciudad. Cerca de un siglo habia (bajo el reinado de Roberto III*) que el primer individuo de esta familia distinguida se habia establecido en el castillo fuerte, su propiedad, como señor del territorio fértil que le rodea. La historia del primero que se fijó en este canton, tenía un aire de aventura caballeresca y de novela la mas acomodada para el establecimiento de un extranjero en un pais, á que su hado le habia dirigido. La referiremos tal como la conserva una tradicion antigua y uniforme, cuya verosimilitud es muy grande, y que tal vez tiene bastante autenticidad para que pueda hallar su lugar en obras

* Wallace y Bruce, vivian en el principio del siglo XIV. Roberto reinó desde 1390 hasta 1425.

mas formales y serias que la presentada en este momento á nuestros lectores.

Dícese que despues de haber echado el ilustre patriota sir William Wallace á los Ingleses de su pais natal, emprendió su viage á Francia en compañía de ciertos amigos de confianza con el fin de ver si su presencia (porque su valor le hacia respetar en todo pais) resolveria la indecision del monarca francés sobre prestarle auxilio, enviando un cuerpo de tropas, ú otros socorros, capaces de ayudar á los Escoceses á reconquistar su independenciam.

Hallábase, pues, el campeon de la Escocia embarcado en un buque pequeño que iba en direccion al puerto de Dieppe, cuando se alcanzó á ver ó lo lejos una vela mirada desde luego por los marineros con duda y alarma, y despues con temor y espanto. Preguntó Wallace que significaba todo esto, y el capitán del barco le hizo saber se acercaba con presteza un buque grande corsario, con el intento de tomarle al abordage, y que no dudaba lo consiguiera, visto ser su comandante un corsario de mucha fuerza y valor, así como tambien

muy afortunado. Con efecto un caballero francés, llamado Tomás de Longueville, pirata célebre, que se habia proclamado amigo del mar y enemigo de cuantos en él bogaban, era el comandante del dicho buque. Atacaba y robaba los buques de todas las naciones como los corsarios de la Escandinavia, que se llamaron Norsas, reyes del mar, cuyo trono le formaban las montañas húmedas de las olas: ningun buque, añadió el capitán, puede librarse huyendo de este corsario, porque no hay otro mas velero; y ninguna tripulacion, por valiente que sea, puede lisonjearse de resistirle al abordage, cuando este corsario ataca al frente de su gente, lo que por lo comun es su maniobra preferida.

Rióse Wallace en tanto, que con un tono triste y casi llorando, le anunciaba el capitán serian antes de mucho presa del Corsario Encarnado, nombre que se dió á Longueville por el color de sangre del pabellon que ya se veia distintamente, y el mismo que acostumbraba desplegar. — ¡Yo libraré á la Mancha de este corsario! dijo Wallace.

—Llamando entonces á doce de sus amigos y compañeros, Boyd, Kerlie, Seton y otros, para quienes el polvo de los combates era un céfiro que les inspiraba vida, les mandó se armasen y tendiesen sobre cubierta de modo que los contrarios no alcanzaran á verlos, dispuso que todos los marineros no necesarios á la maniobra bajasen al puente, é intimó al capitán so pena de la vida, no hiciera otra cosa mas que maniobrar de modo que pareciese huir, facilitando al Corsario Encarnado la toma del buque. Tendióse también sobre cubierta el mismo Wallace, para que nada hiciera ver se intentaba resistencia. En un cuarto de hora se acercó el buque de Longueville al del campeón escocés, echó el corsario los cloques y amarró los dos buques para tomar con seguridad la presa, saltó á bordo armado de pies á cabeza, seguido de los suyos que gritaban furiosos como si ya tuvieran asegurada la victoria; pero levantándose de pronto los Escoceses armados, se vió sin pensarlo el Corsario Encarnado, precisado á batirse con quienes miraban como suyo el triunfo, no teniendo cada uno de ellos mas que

dos ó tres contra quien pelear. El mismo Wallace se arrojó sobre el pirata y se empeñó entre los dos tal combate, que todos suspendieron los golpes para presenciarle, y como dando á entender se remitían todos á los dos valientes caudillos sobre la decision del empeño de armas en que estaban. Peleó el pirata como pudiera un hombre hacerlo; pero el vigor de Wallace era mas que humano; haciendo saltar la espada de entre las manos del pirata, le puso en tal apuro, que no tuvo mas arbitrio, que abrazarse con el campeón escocés para empeñarle á luchar; también le salió mal este designio. Los dos cayeron abrazados fuertemente, pero Wallace siempre se mantuvo encima de su adversario, y echándole mano á la gola, le apretó con tal denuedo que no impidió el que fuera ella del mejor acero, para que le hiciera echar sangre por ojos, boca y narices, de modo que solo por señas pudo el corsario rendirse y pedir se le diera cuartel... entonces rindieron todos los suyos las armas, pidiendo gracia, cuando vieron que su gefe quedaba sometido al vencedor. Wallace concedió á todos

la vida, los hizo prisioneros y se apoderó del buque. Así que se vió el puerto de Dieppe, trató de almarle, así como la ciudad toda, enarbolando el pabellon encarnado como si el mismo Longueville llegase para saquear la ciudad. La campana y las cornetas dieron la señal de alarma, y todos los ciudadanos se pusieron sobre las armas, mudándose inmediatamente la escena, al ver enarbolado el leon escocés en campo de oro sobre la bandera encarnada del pirata, como anuncio de la llegada del valeroso de Escocia, cual ufano halcon que trae la presa entre las garras. Desembarcó su prisionero y le presentó en la corte de Francia suplicando por él al rey, quien le perdonó todas sus piraterías, le armó caballero, ofreciéndole acomodarle en su ejército, lo que no admitió el corsario, pues habiendo contraído íntima y fiel amistad con su vencedor, prefirió el unir su fortuna con la del que le habia tratado con tanta generosidad. Volvió con Wallace á Escocia batiéndose á su lado en muchas batallas terribles, dando pruebas de un valor que no cedia sino al del heroe de Escocia; y su destino fué mas feliz que el

de su amigo. La bella presencia de Tomás de Longueville le valió la mano de una señorita de la nobleza antigua de Charteris, que trajo al matrimonio el hermoso castillo de Kinfauns con todos los dominios dependientes de esta baronía. Sus descendientes tomaron el apellido de Charteris, siendo el de sus ascendientes maternos, antiguos propietarios de sus bienes, aunque tambien conservaron muy respetado el de Tomás de Longueville todos ellos. La familia conserva todavia la espada grande que usaba en las batallas. Tambien, segun otra tradicion, el mismo Longueville se llamaba Charteris. Pasó despues el castillo y la baronía con todas sus posesiones á la familia de Blair, y en el dia pertenece á lor Gray.

Estos barones de Kinfauns habian ejercido de padres á hijos el empleo de preboste de Perth, contribuyendo la situacion del castillo tan cerca de la ciudad á la mutua comodidad. Sir Patrio Charteris habia ya combatido mas de una vez á la cabeza de los moradores de Perth en las escaramuzas contra los incorregibles salteadores montañeses, y contra otros enemigos

domésticos y extraños; aunque tambien es cierto se hallaba incomodado con frecuencia por las quejas de poca importancia que se le hacian, pidiéndole tomase parte, y los defendiese. La justa razon con que se negaba, cuando se le queria comprometer por causas leves, era el motivo de acusarle de altanería propia de noble, de muy descuidado por ser rico, y por darse demasiado á la casa y á la hospitalidad feudal; lo que decian le impedía salir al frente con toda la prontitud que la hermosa ciudad de Perth deseaba. Mas á pesar de todo lo que de él se quiera murmurar, siempre que la ciudad de Perth se hallaba en justa necesidad de su apoyo, en cualquier alarma seria, los ciudadanos ya estaban bien acostumbrados á reunirse con su preboste, y este mismo los apoyaba y defendia con su talento y el valor de su brazo.

CAPITULO VIII.

Van los Johnstones á caballo
Entre las orillas del Annandalo;
Han estado allí mil años
Y aun estarán otros tantos.

Balata antigua.

Pues que ya tenemos, por lo dicho en el capítulo anterior, una noticia suficiente aunque sucinta del carácter del preboste de Perth, debemos ir á la puerta del Oriente, donde hallaremos reunida la diputacion, que á nombre de la ciudad debia presentar la queja, y pedir